

EL LENGUAJE COMO OBRA DE ARTE

Los académicos contemplamos las palabras no sólo como voces del Diccionario que traducen determinadas ideas y sensaciones, sino como elementos estéticos que tienen su valor intrínseco, su alma, su nervio, su destino, como lo tienen el sonido en la música y la línea y el color en las artes plásticas.

Y luego, no sólo como académicos sino como escritores, la vida y la entraña de todo vocablo nos preocupa, nos atrae, nos apasiona, porque es elemento básico de nuestra personalidad literaria y lleva en sí mismo el secreto de nuestro estilo.

La lucha del escritor por la afinación, claridad, pureza y eutritmia de su lenguaje, es una empresa bella y heroica. Tiene la belleza de la orfebrería, la heroicidad de una conquista. Conquista que lleva en sí misma los relieves de una Cruzada que comienza en la juventud y acaba en la vejez.

En la depuración de la forma ponemos nuestra inclinación al arte, una dosis considerable de amor propio y nuestra dignidad literaria.

El público que no sea técnico no sabe, no puede saber, cómo son las batallas del escritor con las palabras, para dominarlas y manejarlas a su antojo; no sabe que el secreto del escritor consiste en encontrar las palabras, asirlas, para después emplearlas con tino y con gusto.

El hallazgo de la palabra adecuada e indispensable, la mejor de todas las que pudieran emplearse en la estructura de una frase, es la tarea delicada del que escribe. Pero cuán intrincados son a veces los hallazgos continuados. Porque la palabra que nos es indispensable existe en la muchedumbre opulenta de nuestro idioma; pero en ocasiones se esconde o se nos va como el agua entre los dedos; tras ella van con afanoso ahinco la inteligencia y la inspi-

ración, hasta que la encuentran y entonces hay que ocuparla bien, acomodándola artísticamente.

Las palabras tienen su luz propia, su sonido, su sentido; tienen también su valor eufónico y su valor castizo; pero esos valores resultan baldíos si no se utilizan certeramente en la forja de una idea para que resulte vestida con el ropaje sobrio y elegante del buen decir. Y para ese logro es preciso que el hombre de letras pase la vida leyendo y escribiendo constantemente, ocupando sus horas trémulas en el sagrado ejercicio de su profesión. Sagrado, porque quien escribe para el público tiene una grave responsabilidad social.

La responsabilidad proviene de que los libros, como la cátedra, la prensa y la tribuna, son guías del alma de los pueblos.

El escritor es en realidad un sembrador de ideas y sentimientos que pueden o no fructificar en el vastísimo y multiforme barbecho del humano espíritu. Pero como es inconcuso que existe la posibilidad de que la semilla germine y dé fruto, será preciso que el sembrador, consciente de su responsabilidad ética e intelectual, sopesa en su ánimo el alcance eventual de su pensamiento para que lo vierta en las mentes de los demás con el cuidado, la afectación y el altruismo que merece el hombre.

El escritor nace, pero no alcanzará personalidad estable si no cultiva sus facultades innatas en la vida y en los libros. No se llega a escribir bien sin aprender la técnica del lenguaje en un ejercicio constante y fervoroso de pluma y lectura, para ir enriqueciendo su tesoro de palabras que deben surgir fáciles y nítidas para hacer atractivas las ideas y agradable el ritmo de la composición.

Pero algo más que leer muchos libros y escribir miles de cuartillas, necesita el hombre de letras: leer y releer los dos mejores libros que existen, el de la vida que nos enseña a conocer las pasiones humanas y el de la naturaleza que es la suprema divinidad de los artistas.

Ponencia del Académico Dr. Isidro Fabela, (fragmento).